

Reproducción

Tomo III · Nos. 45, 46, 47 y 48 · Nov. 15 de 1920

Director: Elias Jiménez Rojas
Apartado 230 — San José, Costa Rica

Sobre coeducación

Extracto de un libro del Doctor José Blanc y Benet, (*)
miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona.
Arreglo de E. J. R.

El hombre concienzudo, aquel que es inclinado a examinarse a sí propio, el que no quiere ser juguete de instintos ciegos, sino que todo lo somete al dictamen de la recta razón, no procede de ligero a la aparición de una novedad. No querrá él constituirse en rémora contra todo progreso legítimo; pero tampoco ama ser juguete de la moda, de aquella que arrastra comúnmente por

* *Ensayo crítico sobre la coeducación de los sexos.*
Imprenta y librería de P. Sanmartí. - Caspe, 32. Barcelona.

nueva, no por mejor. En frente de una novedad de probables consecuencias sociales, la examinará con mirada serena, y sólo en el caso de constituir un paso hacia la perfección procurará asimilársela: de otra suerte dejará que pase sin comoverse.

En España, y muy recientemente en Barcelona, vióse el intento de implantación de una novedad de este género. Tomando por pretexto la igualdad o cuando menos equivalencia de los sexos, vióse a muchos, aun entre personas dignas, sostener que las mujeres debieran poder hallarse en situación de ejercitar las distintas carreras y oficios, bajo el mismo pie de igualdad que los hombres; que a ambos sexos hay que medirlos por el mismo rasero. Y, como consecuencia inmediata, para esto lograr, nada mejor que recurrir a la educación en común de ambos sexos, dentro de una misma escuela, asistiendo a unas mismas clases, bajo unos mismos profesores, cursando por tanto idénticas materias y sentándose en los mismos bancos.

La novedad está en sostener que la desigualdad intelectual del hombre y de la mujer es un puro prejuicio y una añeja equivocación; está en que partiendo del cráneo y entrándose en el cerebro no se quiere reconocer diferencia anatómica importante entre los sexos y que por lo mismo cualquier diferencia que pueda registrarse en las aptitudes o en las preferencias de uno y otro sexo, más bien es lógico atribuirle, dicen, al régimen actual y aun tal vez al efecto hereditario de una educación defectuosa de muchos siglos acá, que no a la naturaleza propia de ambos seres.

Pero ¿es que debemos aceptar sin examen esa muletilla de la igualdad de los sexos, o siquiera, como algunos más moderados suponen, que la sexualidad en la especie humana no comienza hasta la pubertad? Porque de dejarla pasar se nos cuela de rondón todo el sistema.

Fisiólogos y embriólogos están hoy de acuerdo en que no se puede decir de un individuo que sea *neutro* en momen-

to alguno de su existencia, que no tenga uno u otro sexo. «La tal *neutralidad*, dice ROBIN, es tan sólo aparente, relativa solamente al momento de la observación.» Si alguien habla de un sér neutro en el período embrionario, «refiérese tan sólo a la actual imposibilidad de determinar en aquel momento a qué sexo pertenece el organismo muerto o vivo que se tiene a la vista, en el cual no han aparecido todavía los órganos sexuales.... Los embriones, pues, y las larvas de los animales son ya machos o hembras, por más que no puede el observador determinar a qué sexo pertenecen en tanto que no han aparecido los órganos esenciales de la sexualidad.... Ciertas particularidades de las abejas demuestran que los óvulos llevan por anticipado en su intimidad un carácter sexual que precede a su desarrollo embriogénico». Así se expresa el eminente fisiólogo CARLOS ROBIN.

La dificultad de determinar el sexo a que pertenecen los pequeños animales en el primitivo período de su existencia, dimana, no de la naturaleza de las cosas,

sino de la deficiencia de nuestros medios de exploración; el día que logremos perfeccionar en su alcance los instrumentos de que ahora disponemos, no cabe duda que se han de hallar diferencias entre los sexos ya desde los primeros lineamientos de la organización. Y esto resulta evidente por cuanto, a pesar de las deficiencias apuntadas, viene pronto, muy pronto, un momento en que ya el ojo observador halla diferencias sensibles.

Como es de suponer, estas diferencias iniciales estriban en primer término en los mismos órganos generadores, aquellos órganos que propiamente ponen el sello a la sexualidad. Pero en esta clase de diferencias no hemos de entrar aquí, puesto que no son éstas precisamente las diferencias que se discuten. Téngase, pues, en cuenta para lo sucesivo que, si andamos en busca de las discordancias entre los sexos, será haciendo hincapié tan sólo en aquellos caracteres que se han llamado *sexuales secundarios*.

.....

Ya lo veis, señores, todavía no hemos hablado de pubertad; hemos comparado uno con otro sexo antes de dar este gran salto y ¿qué hemos hallado?

Nada menos que diferencias en la armazón y contextura orgánica, en los sólidos y en los líquidos, en la evolución y en el desarrollo; en la íntima trama de los tejidos y en el menudo vivir de las células, en la constitución toda del organismo y en el mismo fondo de la nutrición. Pero hay más que esto todavía. Hemos hallado diferencias en lo que más importa: en la sensibilidad, en la memoria, en el modo de expresión, en la imaginativa, en las inclinaciones, en la inteligencia y por fin en el mismo concepto de la moralidad y en sus actos más o menos conscientes.

¿Os parece esto poco? Ciertamente no puede ya casi enumerarse otro concepto en qué basar la diferenciación. Y sin embargo hay momento en la vida de los niños en que las discrepancias llegan más lejos.

Gran salto le he llamado ahora mis-

mo; mas, por si esto indujese a suponer que yo admita sacudidas en el desenvolvimiento de los individuos, véome precisado a decir que no hay tal en apariencia. Para el propio sujeto y aun para los que le rodean tal vez pase inadvertido. Es que la naturaleza procede silenciosa y gradualmente; y sin embargo el cambio en lo hondo se realiza. Llega un momento, caracterizado en el varón por la aparición del primer espermatozoide y en la hembra por la caída del primer óvulo, en que, por lo general sin manifestaciones estridentes, háse realizado un verdadero salto, salto trascendental y absolutamente diferenciado según el sexo. En esta eclosión, que pone el sello a la disparidad sexual, el niño deja ya de ser tal, en adelante será *híber*.

Vémonos pues precisados a estudiar un período, no un mero instante; y en este período háanse distinguido todavía fases o etapas diferentes, que a su vez hay quien llama también períodos de la pubertad, de límites tan vagos e impre-

cisos, que no todos los autores admiten el mismo número ni les atribuyen los mismos límites y caracteres.

ANTONIO MARRO, quien en una obra de gran utilidad, por más que en ella no todo sea oro de ley, ni mucho ni menos, ha estudiado a fondo la pubertad en el varón y en la hembra, admite para ambos sexos en la misma tres períodos: 1.º el preparatorio; 2.º el de desarrollo acelerado; 3.º el de perfeccionamiento.

En el primer estadio de la pubertad, caracterizado en uno y otro sexo por la aparición de apéndices piliformes en el pubis, padece el varón por lo general cierto eretismo del centro nervioso génito-espinal, que se revela con frecuencia por una turbación y exaltación libidinosa; lo cual en cambio es raro observar en el sexo opuesto.

Desenvuélvense en el 2.º período en el varón los órganos generadores, y en la hembra márcanse los senos y pónense turgentes.

En cuanto al 3^{er}. período de la pubertad masculina, viene caracterizado por la aparición de la barba, y la femenina por la aparición de la menstruación.

Tales son en pocas palabras los signos exteriores que reconoce MARRO en los tres estadios de la pubertad.

Posible es que en el 2^o. estadio de la misma en el sexo femenino exista ya ovulación sin flujo menstuo, pues es sabido que ambos fenómenos no son siempre sincrónicos, según una serie de hechos lo tienen demostrado; pero lo cierto es que el signo ostensible de la pubertad femenina, la menstruación, no suele venir sino en el estadio 3^o. o de perfeccionamiento y después del crecimiento acelerado.

Importantes modificaciones del carácter suelen señalar la aparición del período púber, mas las modificaciones que sufre uno de los sexos en nada se parecen a las del opuesto. Hácese la niña más reservada y seria, más tímida y pudorosa; surgen en ella turbaciones de ánimo que la inclinan a la melancolía; exhala en la soledad suspiros y ve anegar-

se sus ojos en lágrimas sin más motivo que aquella exuberancia de sentimiento que se apodera de su corazón con infinita ternura y lo inclina a amar, no importa a quien.

¡Qué contraste entre la reserva y la timidez de la niña de 11 a 13 años y el carácter del muchacho a esa edad, impetuoso, atolondrado, atrevido y turbulento! Mientras aquélla abandona los juegos de la infancia y siente necesidad de demostrar su afecto a las amigas, el niño entrégase todavía con ardor a los juegos ruidosos, y molesta muchas veces con sus caprichos y su fuerza a la que hasta entonces había compartido con él los juegos.

Ya vendrá también en él un cambio notable, pero más tardío y sobre todo muy distinto. Aparece en él entonces una inquietud, una intranquilidad que le hace odiar toda labor continuada, todo límite impuesto a sus ansias de libertad; lo cual, acompañándose de una mayor excitabilidad, le hace propenso a la insubordinación. Rudo y en cierto modo desdeñoso ante la debilidad del

sexo opuesto, comienza no obstante a sentirse cohibido y confuso ante la gracia y timidez femeninas.

Los sexos, aun en medio de sus diferencias, tan grandes como nos aparecieron el otro día, no dejan de ofrecer también, claro está, gran número de semejanzas. Ambos tienen el mismo número de facultades, ambos son aptos para recibir enseñanzas en el fondo idénticas. No puede enseñarse, es evidente, una astronomía, una gramática, una aritmética distintas a los varones que a las hembras, porque cada una de estas ciencias es lo que es de suyo y no con respecto a los alumnos. Se comprende, pues, que por algunos háyase querido erigir casi como en axioma, (más adelante hemos de ver los quilates de verdad que contenga), que debe enseñarse a la mujer, sobre todo en la escuela primaria, lo mismo que se enseña al varón. (1)

(1) Es mi opinión: iguales planes de estudios, para varones y mujeres, puesto que cada ciencia es lo que es de suyo y no con respecto a quien la aprende.—E. J. R.

Pero, aun así, reclamaría yo el derecho de preguntar. ¿Es acaso que de esto se deduce con rigor lógico que estas mismas cosas deban enseñarse de mancomún? ¿Es por ventura preciso, para enseñar a ambos sexos las mismas materias, mezclarlos antes, de suerte que la enseñanza se dé, no ya tan sólo bajo un mismo techo, ni dentro una misma aula, sino que precisa la entera promiscuidad en un mismo banco?

Formularé todavía otra pregunta en que a mi juicio está todo el meollo de la cuestión bajo el aspecto pedagógico. ¿Es que mezclados los sexos aprenderán más y aprenderán mejor?

A quien examine la cuestión de buena fe, debe desde luego parecer chocante que mientras por un lado la moderna pedagogía se muestra cada vez más convencida de la «dificultad de atemperarse a una muchedumbre de talentos muy diferentes por su extensión y por su índole», dificultad que ya BALMES había señalado con estas mismas pa-

labras, venga por otro lado el empeño de ciertos innovadores de aumentar todavía aquella diversidad de talentos que ya se observa en los alumnos de un mismo sexo, añadiendo todavía la gran discordancia procedente de la sexualidad.

La experimentación y la observación han dejado convencidos a los modernos psicólogos de la inmensa distancia que va de uno a otro individuo, aun dentro de un mismo sexo, en lo relativo a los procesos intelectuales.

Los procedimientos de análisis de la novísima psico-fisiología, los experimentos verificados en los laboratorios de psicología de diversos países nos revelan diferencias sensibles, registrables, sujetas a número y medida, en el desarrollo y modalidad de la memoria, en la imaginación, en la misma intelección. Obsérvese que el acto de memorar o hacer memoria se verifica en unos individuos más rápidamente bajo tal forma, mientras que en otros tiene lugar bajo una forma distinta, uno es más *visual*, otro es más *auditivo*; describense tipos abso-

lutamente característicos de imaginativa y por lo mismo absolutamente desemejantes entre sí, aun dentro de un mismo sexo.

Y, a estas alturas de la observación psicológica, y cuando los que profesan esta ciencia experimental «hallan extraño que, sin tener en cuenta absolutamente las diferencias profundas que existen en la psicología de unos y otros niños (aun dentro de un mismo sexo), se les aplique un método uniforme de cultura, (1)» ¿se considerará ocasión oportuna para aumentar todavía estas diferencias, sumando a ellas además las diferencias sexuales?

¿No veis cómo choca con las corrientes dominantes hoy día en la pedagogía científica, corrientes que se van encauzando hacia la clasificación de los talentos, de las aptitudes, y de las facultades, hacia la sub-división de las clases y la

(1) (*Vers la psychologie expérimentale*, por J. J. BIERVLIET en la *Rev. des questions scientif.* 1910, Enero. p. 165. Todo este artículo es sumamente interesante desde el punto de vista de la pedagogía experimental.

particularización de los procedimientos educativos, adecuándolos a cada uno de los grupos de escolares y aun si cabe de las individualidades, no veis, digo, cómo está en pugna con esto la peregrina pretensión de acumular heterogeneidad en las clases con la presencia de sexos diferentes?

¿Qué pedagogía es esa que no clasifica; que no atiende a diferencias tan esenciales, que toma los alumnos *péleméle?*

¿De cuando acá la homogeneidad de la clase ha dejado de ser un desiderátum pedagógico? ¡Floja tarea le aguarda al profesor que quiera atemperarse a intelectualidades tan distintas como el otro día hubimos de reconocer entre el alma masculina y la femenina!

No estará demás que recordemos aquí sumariamente las principales diferencias que ahora hacen al caso. Pasemos rápidamente sobre las diferencias en la figura del tacto, mayor en las niñas, lo mismo antes que después de la pubertad; mentemos también como de paso

la subitaneidad de la reacción, mayor en los muchachos, a pesar de que la movilidad nerviosa es mayor en las niñas, con lo cual muestran mayor expresividad de la fisonomía; recordemos ya con más empeño la más acentuada locuacidad de las hembras, aun en la infancia, y su mayor facilidad en la lectura, lo cual nadie negará que tenga su importancia desde el punto de vista pedagógico; hagamos ligero hincapié en las diferencias en la manera de juzgar acerca de las impresiones sensitivas. Vimos, en efecto, en la anterior conferencia, que no aprecian los niños por un igual las diferencias de peso, de distancia, de tiempo, ni las proporciones de los cuerpos, etc., según sean ellos de uno o de otro sexo. Mas, lo que aquí no podemos dejar de recordar son las desigualdades en la fuerza de la memoria y en sus modalidades.

Es tal la importancia de la *memoria* en pedagogía, que precisamente se acusa con mayor o menor razón a ciertos planes de enseñanza de abusar de esta

facultad, de suerte que todo lo fían a la memoria. No que sea yo partidario de estos abusos, que vienen en detrimento de otras facultades; pero esto mismo indica la capital importancia que tiene para el aprovechamiento de los alumnos la fuerza y la modalidad de la memoria. ¿Cuál será el profesor, que quiera merecer el honroso título de maestro, y prescindir de la capacidad memorativa de sus alumnos? ¿Y cómo podrá hacerse cargo completo de la memoria de una clase o grupo de alumnos, si olvida las diferencias sexuales tan notorias en esta facultad, que no sólo se hallan al medir en bruto la fuerza total memorativa, sino en cada una de las formas especiales de memoria en que difieren los niños y las niñas?

Y si esto conoce y de ello se halla penetrado el profesor ¿someterá a los niños de ambos sexos a unas mismas lecciones, se las explicará de igual manera a uno y a otro sexo? Si tal hiciere el profesor, alguno de los sexos habrá de resultar sacado, como quien dice, de

su propio quicio; tendrá que sufrir violencia la facultad memorativa de uno o de otro de los sexos. Y si esto quisiera evitarse, si el profesor anhelando aprovecharse de esas diversas disposiciones, enseñase de una manera al grupo masculino y de otra al femenino, decidme ¿qué queda entonces de aquel *ahorro* de fuerza que, en abono de las escuelas mixtas, nos ponderaba FOREL?

Y cuenta que hasta ahora me he referido tan sólo a la memoria; todavía no he hablado de otro elemento con ella muy relacionado y muy necesario también, tal vez el más necesario, para el debido aprovechamiento de una clase. Aludo a la *atención*; la cual ha sido por alguno definida como la aplicación de la mente a un objeto determinado.

Para aprender, lo primero que se requiere es prestar atención. Dice BALMES que, si caemos en errores, es muchas veces, no por falta de capacidad, sino por no haber prestado la atención debida.

Si recordáis lo que el otro día al señalar las diferencias psíquicas entre am-

bos sexos, dije de la atención, más sujeta a distracciones, menos constante en la niña que en el muchacho, comprenderéis lo arduo de la tarea del profesor en una clase bisexual, si pretende que aprendan lo mismo y en un mismo tiempo los niños y las niñas. Si las niñas son más propensas a distracciones habrá que usar con ellas un procedimiento distinto de los niños para que recuerden aquello que, para ser entendido, requiere más profunda atención.

Pero no insistamos sobre esto; la atención en una clase bisexual ha de sufrir por otro motivo. Vais a ver:

En sentir de WUNDT, psico-fisiólogo eminente, la atención requiere la inhibición de los demás centros cerebrales, la concentración de todas las facultades a un objeto; de donde se infiere que, todo cuanto venga a despertar el funcionalismo de otro centro distinto, toda percepción que solicite una desviación de la mente, ha de resultar fatal para la atención, y por ende para el aprovechamiento de los alumnos.

Eso se comprenderá mejor con un ejemplo. Los que carecen de un sentido, verbigracia los ciegos, los sordos, (los sordo-mudos), demuestran en las clases una atención mucho más profunda. Se comprende; ellos no deben inhibir tantos centros, en su mente no hay necesidad de apagar tantas luces para concentrar su atención.

La privación de un sentido evita para ellos toda una serie de impresiones que vendrían a distraerlos, facilitándose de esta suerte la *canalización*, por así decirlo, de las explicaciones del profesor, que llegan entonces más directamente, sin mermas ni derrames, a la mente del discípulo.

Examinando una vez a un asilado en la Casa de Caridad, quien era a la vez sordo-mudo y ciego, observé, no sin cierta emoción de mi parte, con qué profundísima atención, cómo se concentraba en absoluto al realizar el tacto o palpación de la mano que le hablaba; pues tan sólo por aquel conducto de las impresiones táctiles poníase él en comunicación con sus semejantes. De donde saqué la

convicción de que, cuantos más sentidos poseemos, más fácil nos resulta la distracción.

Pues bien: imaginemos ahora una clase bisexual de niños púberes o próximos a serlo. Cada uno de ellos tiene, no ya tan sólo los cinco sentidos que comúnmente se admiten, sino que me atrevo a decir que tiene uno más.

Hemos visto en la conferencia anterior cómo se desarrollaba en aquel período una suerte nueva de sensibilidad, un sexto sentido; hay quien le denominaría el *sentido genésico*.

Recordad, si os place, que en la misma conferencia vimos hallarse muy sobreexcitado este sentido en la crisis de la edad, sobre todo en los muchachos; y tanto es así que no incurriríamos en exageración suponiéndoles dotados de una suerte de *electrización*, por decirlo así, que les hace percibir los más sutiles efluvios o corrientes que procedan del sexo opuesto; y no poco de esto ocurre también en las niñas.

Razonando pues con lógica, hemos de dar por sentado que en una clase bisexual de púberes existe la máxima distracción (1) y por ende el mínimo aprovechamiento. Esto *a priori*, después hemos de ver como los hechos han venido a confirmar estos dictados de la ciencia psico-fisiológica.

Al decir de NEYRAC, el esfuerzo psíquico, la atención y la voluntad, dependen de una vigilancia, de una adaptación de todos los instantes. Ahora bien: ¿cómo sostener este esfuerzo psíquico, esta adaptación de todos los instantes en niños que reciben toda suerte de efluvios procedentes del sexo opuesto? Imaginaos a niños y niñas codeándose, contactándose en unos mismos bancos, o si lo preferís, imagináoslos a cierta distan-

(1) La posesión de un mayor número de sentidos no es una desventaja—como parece creerlo el autor. Al contrario, cuantos más sentidos poseemos, más fácil nos resulta la atención, si dichos sentidos son *solicitados convergentemente*. La excitación sexual es causa de la máxima distracción, precisamente porque tal excitación significa una sustracción de sentidos, o, mejor dicho, una polarización de nuestra actividad orgánica en dirección opuesta a la del cerebro.

E. J. R.

cia (que tal vez llaméis honesta) entre unos y otros, ¿evitaréis acaso las impresiones auditivas, visuales y aun las olfativas capaces de salvar el corto espacio que dejasteis entre rapaz y doncella? (1)

Abandonemos este terreno un tanto resbaladizo y veamos de aplicar a la pedagogía las nociones adquiridas en la anterior conferencia respecto a las diferencias de la *imaginación* entre los sexos.

Comprenderéis que la cosa tiene su importancia para el debido aprovechamiento, si tenéis en cuenta que, aun considerando tan sólo la llamada imagi-

(1) La *honesta distancia* es absolutamente indispensable entre adolescentes, aun cuando sean de un mismo sexo. La suntuosidad del edificio de una escuela no da la medida de su bondad ni siquiera en lo concerniente a la instalación material. Lo importante es que no haya pasillos ni rincones ni asientos o pupitres apareados.

«La *amistad*, en sí misma, no deja de ofrecer sus peligros, ya entre sexos diferentes, ya dentro del mismo, a poco que las intimidades del alma rocen, aun sin querer, la superficie siempre vigil de lo sensible», dice José de Letamendi.

Ahora bien, en una escuela bisexual, no hay manera de guardar dicha honesta distancia, si se piensa en el radio de la visión y en el incentivo sexual de las impresiones visuales.

E. J. R.

nación *científica*, es decir aquella que tiene por objeto lo verdadero, y prescindiendo de aquella imaginación llamada *estética* cuyo objeto es lo bello, siempre resultará que para unas ciencias se necesitará más imaginación científica que para otras ciencias. Si para todas las abstractas, como las matemáticas, la lógica, la metafísica, puede quedar muy en segundo término la imaginación, no ocurre lo propio cuando se trata de avanzar en las ciencias naturales, que, al decir del notable psicólogo МАИЕР, requieren casi tanta imaginación como la oratoria o la historia; hasta el punto de que HAMILTON llegó a decir que cabe razonablemente abrigar la duda de cual de los dos genios, el de HOMERO o el de ARISTÓTELES, tenía más fuerza de imaginación.

Pues bien, si de las observaciones y de los estudios más recientes sobre la mente de los niños y de sus variantes según el sexo se desprende que no tienen ambos el mismo grado de imaginación estética, ni de imaginación científica, ¿cómo es posible, decidme, sin hacer

violencia a uno o a otro, someter a ambos al estudio de las mismas disciplinas, por el mismo método, a un mismo tiempo y bajo una misma férula?

Esto nos lleva como por la mano al estudio de otro punto que tampoco puede descuidar el pedagogo. Aludimos a la cuestión de la *fatiga*.

No olvidaréis, espero, las diferencias que el otro día me cuidé de hacer notar, no sólo en la sensibilidad, sino en la propia organización del uno y del otro sexo, las cuales entre otros resultados arrojaban el de la diferencia de habilidades.

Si esto tenéis presente, no habrá necesidad de insistir gran cosa para que admitáis de buenas a primeras que con tan distintas cualidades no puede la fatiga, en un determinado ejercicio, venir al cabo de un lapso de tiempo igual en los dos sexos. Pues bien: esta suposición está en completo acuerdo con la realidad, según las noticias que he de exponer más adelante de los resultados de la co-educación.

¿Qué de extraño tiene entonces, si con

estas discrepancias, que vienen a sumarse a aquellas otras ya enumeradas en la manera de memorar, de atender, etc., qué de extraño que aparezca unâ marcada discordancia entre los estudios preferidos por uno y otro sexo, y aun entre las inclinaciones por determinadas artes o disciplinas? No se olvide que RICORDI así lo comprobó en centenares de alumnos de las escuelas de Módena y de Bolonia.

Recordemos asimismo el sinnúmero de otras diferencias que hallamos en la imaginativa, en el modo de apreciar lo justo y lo injusto, recordemos cuán distintas eran las faltas escolares entre los niños y las niñas, sin olvidar, por supuesto, por su primordial importancia, la mayor precocidad de las niñas, que salta a los ojos del menos observador; y todos estos datos, que hace un momento nos han servido para ponderar los esfuerzos mayores que tendría que hacer el profesor empeñado en hacer avanzar por un mismo carril una clase formada por tan dispares elementos, todos

ellos nos han de servir ahora para comprender la violencia que este método comete también en los alumnos.

Ya sé yo, ¿no lo he de saber si es tan frecuente oírlo?, que los partidarios de la coeducación suelen cantar las excelencias de la emulación que, aseguran, se establece entre el grupo masculino y el grupo femenino. Apodérase, dicen, de cada uno el espíritu de grupo, la solidaridad de cada sexo, que, con su vanidad peculiar, estimula el desarrollo de las facultades; los muchachos trabajan a más y mejor a la vista de las niñas, las cuales a su vez disputan a aquéllos los primeros puestos; y así todos hacen más esfuerzos para distinguirse y obtener la primacía de su sexo. Tal aseguran los entusiastas.

No negaré yo que a los muchachos más listos, a aquellos que forman lo que antes he llamado la *cabeza* de la clase, les venga a servir de estímulo esa emulación con las niñas que más se distinguen. Mas, tened presente que, en las clases, no todo es cabeza; recordad que:

en ellas hemos reconocido también un *cuerpo* y una *cola*. La cabeza suele siempre ser pequeña; el profesor suele darse por satisfecho cuando la cola, formada por la rezaga de los alumnos, no es muy larga.

Hay que ir con tiento en esto de estimular la capacidad de un alumno o de un grupo de alumnos; pues un esfuerzo excesivo puede resultar contraproducente.

Empieza hoy día a comprenderse que de aquellos niños calificados hasta aquí despreciativamente con el mote de *holgazanes*, muchos son más bien víctimas que culpables; víctimas tal vez de vicios de sus progenitores, víctimas de herencias morbosas más o menos disimuladas, víctimas de la miseria, víctimas en fin de métodos educativos muchas veces no adecuados a la capacidad mental de un niño, que, ¡parece increíble! pero es cierto que con frecuencia se olvida, no es la capacidad de un hombre; ni siquiera la capacidad mental de otro niño.

Mas, fuerza es que apliquemos a nuestro

estudio las consideraciones precedentes.

Pues bien: con sólo hacer cuenta de las condiciones de una clase bisexual, ya me temía yo que en ella debía existir una cabeza muy chica y una cola muy larga. Lo cual equivale a decir que la emulación aprovecha al menor número. Y esto que en mí no pasaba de una opinión, fundada, claro está, en los conocimientos psico-fisiológicos, ha venido a quedar confirmado por no pocos educadores norte-americanos al declarar que, no sólo suele el grupo masculino en las escuelas mixtas quedar vencido por el grupo femenino, sino que, en los recientes ensayos que se han hecho en aquel país de separación de sexos en alumnos que antes concurrían a una escuela bisexual, el resultado ha sido el mayor adelanto de los muchachos, y el deseo paladinamente manifestado por la mayoría de continuar en escuela mono-sexual.

A fuer de médico, no puedo ni sé entusiasmarme con los esfuerzos extraordinarios que no pocas veces se exigen

de la mente no bien formada todavía de los pobres niños; y por lo mismo no puedo ser partidario de la escuela bisexual bajo este aspecto, pues queda demostrado que ella representa para unos y otros una mayor violencia.

¡Cuántos talentos malogrados por esas fuerzas sacadas de la flaqueza! ¡A cuántos conocemos que en su niñez eran los primeros de la clase, y después no han pasado de seres adocenados; inhábiles para ganarse el sustento por haber quedado enfermizos o degenerados! Creedme, señores profesores que os dignáis escucharme, el médico sabe algo de esto.

Hay más todavía: en el período de la pubertad y aun en el que la precede, fatígase el cerebro mucho más fácilmente. Es que el organismo tiene por otros lados que hacer grandes esfuerzos; recordad que esta es la época del más rápido crecimiento de los huesos y los músculos, alarde de la naturaleza que la deja en cierta situación de inferioridad y de más pronto desgaste. Hay que evitar en esta edad lo que se llama el *surmenage*, o sea el rendimiento a la fatiga,

que puede causar y causa no pocas veces daños irreparables en la intelectualidad de los niños sometidos a pruebas demasiado duras.

Cierto que algunos mejor dotados resistirán tal vez a una cultura intensiva; mas, no serán el mayor número; la masa general deberá sentirse de estos esfuerzos exagerados.

Pues bien: en las escuelas bisexuales, los muchachos quedan bajo el peso de este abuso, ya que para emular a las niñas, que son más precoces, hay que someterlos a esfuerzos excesivos.

Y aun a las niñas ha de ser también nocivo, sobre todo en el período en que se establece el flujo catamenial, estar sometidas a esta intensidad de esfuerzos que supone la mentada emulación de los sexos. También para ellas es entonces muy conveniente evitar el *surmenage* del cerebro, si ha de subvenir la naturaleza al desarrollo de otros aparatos orgánicos. (1)

(1) Del P. JULIO ALARCÓN en su libro *Un feminismo aceptable* tomamos la nota siguiente: «Un

Lo que hay es que las niñas por su mayor precocidad sentirán esta necesidad de relativo reposo cerebral mucho antes que los niños; así cuando más tarde venga la hora de sentir el niño esta necesidad, la niña habrá ya traspuesto la crisis de la edad y podrá volver al estudio intensivo y disputar la primacía al muchacho. De donde fácilmente se infiere que, en clases bisexuales de niños de una misma edad, habrá a no dudarlo un bando fatigado en exceso; de los de 10 a 13 años será el bando femenino el fatigado; de los 13 a los 15 le tocará el turno del *surmenage* al bando masculino.

Aquí prescindo por completo de los ejercicios musculares que deben hacer los niños, y si convienen por un igual a

profesor de Berlín, el Dr. ZIMM, ha comprobado en manicomios de Berlín, Londres y Nueva York, el enorme contingente que dan a estas casas (manicomios) las *maestras de escuela*, en comparación al que dan las otras ocupaciones. Muchas causas pueden contribuir a esas enfermedades mentales; la principal el cargar las inteligencias femeninas de la carga máxima de tan múltiples y heterogéneas asignaturas, y poner sus cerebros a una tensión enorme durante los estudios....etc» pág. 172.

ambos sexos; de ello me he de ocupar al tratar del aspecto higiénico; hoy sólo he de referirme al trabajo mental; y de las condiciones de los sexos al entrar en la pubertad he deducido la no conveniencia de someter a ambos a un mismo régimen, pues entonces los dos resultan violentados.

No hace mucho el Dr. VALLEJO nos decía, en notable discurso, cuánto fatiga a los niños el obligarles a trabajar sin gusto y sin tener en cuenta la manera cómo se van desarrollando las distintas facultades psíquicas; pues hé ahí lo que ha de ocurrir forzosamente en el régimen bisexual de las escuelas.

Hanse querido ponderar las ventajas de la emulación mutua de los sexos y con ello se ha creído decirlo todo para poder mantener el entusiasmo por la idea, que realmente ha fascinado a muchos.

Pero el equívoco en este punto ya no puede durar mucho; cada día nos llegan del otro lado del Atlántico más escrúpulos, protestas y objeciones contra la coeducación, precisamente por la violencia

que hace a la mente de los niños, siendo con frecuencia de los varones de donde parten más quejas. Es natural; el daño no se puede ocultar indefinidamente, y mucho menos hoy que poseemos procedimientos científicos para averiguar y medir la fatiga intelectual resultante de la *duración* y de la *naturaleza* del trabajo. Cuando el examen se hace en centenares de alumnos, se llega a conclusiones demostrativas de la fatiga en cada trabajo y se notan las diferencias que ofrece, en la duración y en la clase de ejercicio mental, cada uno de los sexos.

Pues bien: no hay que temer. Dejad que lleguen a reunirse en gran número las estadísticas acerca de la fatiga producida por el trabajo escolar; préstense los profesores a coadyuvar en cuanto esté de su parte a tales investigaciones; (no que ellos deban constituirse en psicólogos experimentales, para lo cual carecen tal vez de preparación suficiente; pero pueden sí ofrecer solicitud y ayuda a los que tales estudios profesen, o cuando menos pueden y deben no contrariarlos por rutina o por sistema); y

entonces veréis cómo aparece claro como la luz meridiana el absurdo que supone someter a mentalidades en el fondo distintas a una misma norma educativa y a una emulación que tiene mucho de violenta y dolorosa.

Otra consideración merece ahora tenerse en cuenta. Es probable, y muchos datos de observación lo corroboran, que la bisexualidad en las escuelas, así como adelanta la pubertad, sea también causa de una mayor precocidad de la inteligencia. Y tened en cuenta que precocidad equivale casi siempre a inferioridad; los frutos de esta precocidad suelen ser detestables.

Oíd sino a CLAUDIO JANET, autor del importante tratado: *Instituciones políticas y sociales de los Estados Unidos*. Dice así: «La funesta dirección dada a la educación de la juventud en las escuelas americanas (entiéndase yankis), se resuelve en los adolescentes en una precocidad funesta para la inteligencia así como para la moralidad.

«Una de las pruebas de tal abandono

de los principios y de la autoridad doméstica por parte de los padres, se halla en el extraño desarrollo que de algunos años acá ha tomado un periodismo dirigido exclusivamente por muchachos de trece a diez y ocho años. El *New-York Herald* de dos de mayo de 1887 tuvo la ocurrencia de hacer una investigación sobre esta prensa singular. Los resultados de tales pesquisas fueron que de pocos años a esta parte *más de cinco mil periódicos de este género* habíanse publicado en los Estados Unidos y en el Canadá, algunos de los cuales alcanzaron una difusión bastante extensa.

«Estos jóvenes periodistas practican en grande escala el *puffismo* (exageración) y el *humbug* (infundio), y en este terreno llegan a sobrepujar a sus colegas. Resalta especialmente el carácter *sarcástico* de esta pequeña prensa al que se la ve inclinada hasta un grado a que no serían capaces de llegar hombres hechos. Tiene razón el *Herald* de señalar estos hechos como el síntoma de un defecto grave en la civilización americana y como un serio peligro para el

porvenir de la generación que de tal suerte se prepara a entrar en el mundo».

Hasta aquí JANET.

¿Me diréis acaso que esto serán siempre excepciones? Sea; admitamos que no siempre la precocidad intelectual conduce a la depravación moral, aunque el caso no deja de ser frecuente.

Pues bien; aun esto descontado, no puedo suscribir a ningún método que conduzca a la prematuración de la inteligencia. Hase dicho de los niños precoces que tales pequeños prodigios lo son más en apariencia que en la realidad; talentos de mera superficie, no aciertan a calar lo profundo; tras de una brillante fachada suelen ocultar una marcada insuficiencia. Y además ¡cuán poco duraderos!; brillan tal vez un momento; pero es a manera de los fuegos de virutas. Más tarde los veréis condenados a la oscuridad.

Ved ahí pues los frutos que nos ha de dar la coeducación al acelerar la madurez cerebral. (1)

(1) Bien imbuido de estas ideas estaba el ilustradísimo y prudentísimo JUAN NICOLÁS BOHL DE

Otro riesgo se ha señalado en la co-educación bisexual; refiérome al que se ha llamado *dilettantismo*, es decir: el riesgo de que muchos y muchas se entreguen al cultivo de las artes o ciencias más como un deporte, digámoslo así, que como preparación para el ejercicio profesional. Ved ahí un cargo muy serio que suele explicarse como sigue: sea cual fuere el valor de las facultades femeninas, concédase o no a la mujer una inteligencia en el fondo igual a la del hombre, no puede negarse, y los datos sacados de la observación científica lo demuestran, según pudimos ver en la primera conferencia, que la finura de la sensibilidad no es la misma en ambos sexos, que las niñas son más sugestibles que los muchachos, que son asimismo diferentes la atención y la fijeza de las impresiones y sentimientos.

FABER, padre de doña CECILIA del mismo apellido, más conocida por el pseudónimo FERNÁN CABALLERO, cuando de ella aún muy niña escribía: «Es notablemente robusta y tiene muy buena salud, pero habla muy poco, lo cual no me importa, porque detesto todo indicio de precocidad.» LUIS COLOMA. *Recuerdos de Fernán Caballero*.—Bilbao, p. 46.

Todo esto deja un sello en cierta manera superficial en toda obra salida del espíritu femenino; dando por resultado que demuestra más bien aficiones diletantescas que no un empeño decidido en profundizar los estudios y hasta el punto requerido por una enseñanza especial destinada al ejercicio de una profesión. Esto, según algunos críticos juiciosos en materias de enseñanza, hace descender el nivel de la educación en común en las escuelas superiores, enerva la enseñanza; causándose con ello grave perjuicio a los jóvenes, que no por lujo, ni como un adorno, siguen los cursos, sino que en ellos buscan y conviene que encuentren la adquisición completa lo más rica posible de aquellos sólidos cimientos teóricos y prácticos indispensables para la profesión que piensan ejercer.

Al ocuparnos del aspecto moral del asunto me veré precisado a tocar la cuestión del influjo de la vanidad femenil, que fía más en sus *gracias* personales y físicas que en las intelectuales, para

obtener éxito y prestigio aun en la misma escuela. Esto, que en otra conferencia ha de conducirnos a serias reflexiones morales, también debe repercutir aquí ahora sobre la faceta meramente pedagógica de la coeducación.

A algunos podrá parecer absurdo que en una clase donde lo que se busca en primer término es el mayor aprovechamiento intelectual, haya entre las jóvenes la tendencia a considerar más afortunada a aquella que tiene más atractivo para el otro sexo. A mí no me extraña, teniendo en cuenta que todos los diplomas del mundo son incapaces de impedir a la naturaleza seguir su curso propio. El mismo Presidente VAN HISE de la Universidad de Wisconsin dice con mucho acierto de esta tendencia, de la cual él se lamenta, que «con un poco de reflexión se persuade uno de que es una tendencia perfectamente natural (¡ya lo creo, naturalísima!); por lo menos está tan hondamente asentada como muchas de las tradiciones más firmemente establecidas en lo que atañe a las relaciones

entre uno y otro sexo.» Pero ved lo que añade a continuación, digno de ser atendido por proceder de un testigo de mayor excepción, como lo es a no dudarlo un Presidente de Universidad norteamericana; dice: «Y, en cuanto a mi previsión alcanza, *este será siempre un obstáculo real en las instituciones coeducacionales*».

Ya lo oís. Estas quejas nos vienen precisamente del país donde se practica fanáticamente la coeducación.

De todo cuanto he dicho hasta aquí, se deduce que la bisexualidad, como método pedagógico, no puede, por cualquier lado que se la considere, satisfacer las aspiraciones de la ciencia.

No da el régimen bisexual por lo común mayor rendimiento de cultura que las escuelas separadas; y si lo diese por excepción en alguna escuela, sería a costa de la ulterior depresión de las fuerzas psíquicas, inherente a la precocidad que provoca.

Por desgracia, un feminismo mal entendido, un feminismo inaceptable hase

apoderado de esta cuestión de la escuela bisexual, y al incluirla entre sus llamadas *reivindicaciones* la ha desfigurado.

Dicen algunos feministas radicales: «si la mujer ha de recibir tanta educación e instrucción como el varón, no hay otro medio que educarlos juntos, pues de otra suerte la tradicional supremacía (ellos dicen *tiranía*) del varón conducirá indefectiblemente a educar más y mejor a éste que a la mujer».

Combatir pues la coeducación, a los ojos de todo feminista *a outrance*, vale lo mismo que mostrarse enemigo de la ilustración de la mujer.

Pues bien: contra este aserto debemos protestar.

Alguien ha dicho: «la mujer, buscarla sana y tonta».

Si esto no constituyera una *boutade* de mal gusto, lo tendría por una blasfemia.

Desde el momento que la inteligencia se desenvuelve con una instrucción bien dirigida, y no hemos de negar su potencia intelectual a la mujer, ¿con qué derecho se privará a la mitad de la huma-

nidad de cultivar sus facultades intelectuales, a fin de que den todo cuanto puedan dar de sí? (1)

Lícito y laudable es para todo ser racional aspirar a su elevación física, intelectual y moral; y por ende lo será asimismo contribuir a la perfección de los demás. Si el hombre anhela perfeccionarse, no ha de querer impedir el perfeccionamiento paralelo en su compañera, que no conviene quede al nivel de las esclavas, como tampoco es natural que compita en todas partes con el va-

(1) «Si la mujer, respecto del orden natural, tiene la plenitud de condiciones que se requieren para la personalidad perfecta, base de toda vida individual, familiar y pública; si en el orden sobrenatural participa idénticamente con el hombre de todas las relaciones esenciales que les unen con Dios, en que consiste toda la vida religiosa; si todo gravita sobre la responsabilidad individual, absolutamente intransferible, imprescriptible, necesaria: ¿qué razón hay para privar a la mujer de su intervención en todo aquello que está vinculado con estos principios? Más aún: ¿Qué razón puede haber para eximirla de cooperar a todos los fines que le son tan propios como al hombre, siempre dentro de la armonía de la vida y guardando el grado y orden demandados por las diversas cualidades y oficios accidentales bien característicos de ambos sexos?»
IGNACIO CASANOVAS S. J. *Acción de la mujer en la vida social*, Barcelona 1911. p. 16.

rón y aun pretenda superarle, como quiméricamente esperan algunas doctoras radicales de Alemania. Quede la esposa como quería SHAKESPEARE, a la altura del corazón del esposo, y para ello no ha de ser obstáculo, antes todo lo contrario, su perfeccionamiento intelectual y moral.

Pero ¿habrá que enseñar de todo a la mujer? Déjesela enhorabuena que aprenda todo lo que buenamente pueda *sin deformar su personalidad, sin salirse de su sexo*; pero vea que ante todo lo que le conviene es educarse *como mujer y para mujer*; es decir: a fin de llevar al grado de mayor perfección sus *altos deberes* en la familia, como hija, como esposa y como madre. Con tal que esta mira preceda a toda otra, ¿qué inconveniente hay en que, si queda tiempo, adquiera todavía más conocimientos?

Así como para el varón perfeccionarse es *hacerse hombre*, hay que sostener que el perfeccionamiento femenino estriba en que la mujer sea cada día más

mujer y menos hombre; al revés de lo que pretenden algunos modernistas.

El ex-Presidente TEODORO ROOSEVELT con su brusquedad característica, solía decir: «Un muchacho que no sea absolutamente viril no merece respeto alguno.»

Pues bien: ¿cómo va a conseguir esto el muchacho teniendo por profesor en su escuela a una mujer?

Porque este es otro aspecto de la cuestión: la dificultad de encontrar personal apto para las tales escuelas mixtas. En vista de lo cual los autores americanos hanse inclinado en su mayoría a proponer el profesorado femenino en el régimen coeducacional.

Es que la experiencia ha venido a enseñar a los cándidos entusiastas los peligros que existen de confiar doncellitas de pocos años a un varón, aunque éste sea un profesor.

En las anteriores conferencias no he dejado de recalcar una y otra vez que no es posible resolver debidamente pro-

blema alguno de pedagogía sin tomar antes por cimiento el concepto unitario físico y moral del hombre. ¡Mezquina *antropocultura* aquella que quisiese prescindir de alguno de los factores del compuesto humano!

Así, cuando he hablado de tres aspectos distintos en todo problema pedagógico, a saber: el aspecto intelectual, el moral y el higiénico, no entendí afirmar en modo alguno que pudiera uno de estos aspectos ser estudiado con independencia absoluta de los demás, y no queriendo saber nada de ellos; antes al contrario. Pues siendo el hombre por esencia uno e indiviso, quien se proponga estudiarlo bajo uno solo de sus aspectos, entenderáse que podrá hacerlo tan sólo como medida meramente provisional e interina de análisis, siempre con el bien entendido de que lo que persigue es llegar a la síntesis definitiva. (1)

(1) Es lo que dice José de Letamendi:

«El pedagogo para su fin moral ha de conocer los resortes de lo orgánico, así como el médico para su fin sanitario debe dominar los resortes de lo moral.»

E. J. R.

De todo esto se desprende que en toda la serie de estas conferencias, aun aquellas en que hemos estudiado el aspecto pedagógico y el aspecto moral del problema coeducacional, no hemos hecho otra cosa que secundar las miras de aquella gran Higiene, de la Higiene integral, comprendida a la moderna, ya que todo problema higiénico ofrece también aquel mismo triple aspecto físico, intelectual y moral que hubimos de reconocer en la pedagogía.

No de otra suerte opina el notable higienista Dr. BERTIN SANZ cuando escribe que «de cerca o de lejos cae bajo el dominio de la Higiene» no sólo «todo cuanto puede aumentar el número, el poder y el bienestar de los hombres» sino además «todo cuanto contribuye a acrecer su valer físico y su alcance moral».

Y educar ¿qué es también, si no procurar al niño los medios para que pueda *acrecer su valer físico y su alcance intelectual y moral?*

Los dos objetivos higiénicos que debe

proponerse todo método educativo, y por lo mismo la Escuela bisexual, son:

1°. Fomentar el desenvolvimiento de las aptitudes útiles de los educandos, de una manera ordenada, armónica y equilibrada.

2°. Atajar y combatir toda tendencia malsana que emanada del fondo atávico del individuo, pudiera manifestarse, de hallar condiciones abonadas.

Entrando ya en la exposición del primer punto nos preguntaremos: ¿Favorece la Coeducación ese desarrollo armónico y equilibrado de las aptitudes?

Los que habéis tenido la paciencia de escucharme en las anteriores conferencias habéis de recordar que precisamente hube de notar, entre los achaques de que adolecía semejante método, el despertar prematuro del sentido genésico en época en que el desarrollo orgánico quedaba todavía muy retrasado, y más especialmente el de los centros nerviosos, y entre éstos de una manera singular el cerebro.